

RUSIA EN EL IMAGINARIO POLÍTICO VENEZOLANO

EL ESPÍRITU RUSO EN LA
VENEZUELA PROVINCIAL

ALEJANDRO PERDOMO FERMIN

Nos separarán factores étnicos, políticos e incluso geopolíticos, pero es innegable que Rusia e Hispanoamérica, o más bien las Rusias y las Españas,¹ han tenido destinos similares e incluso procesos de construcción nacional que podrían considerarse cercanos o, por lo menos, parecidos. Si bien este tema podría dar para una investigación mucho más extensa, formada y sustentada, aquí nos encargaremos de dar una introducción al asunto con las limitaciones del género literario que estamos utilizando.

Julio César Salas, etnólogo venezolano, consideraba que los caudillescos y anárquicos regímenes hispanoamericanos atrasaban tanto a Hispanoamérica que aún semejantes, en fórmulas políticas, a la Rusia de los Zares o a la Alemania prusiana, estaban mucho más atrasados, pues decía que aunque el bizantinismo político destruía a las más antiguas y sólidas instituciones políticas de los pueblos, aquellas estaban aún más desarrolladas que las

1. Cf. Francisco Elías de Tejada, *Las Españas: Formación histórica, tradiciones regionales* (Madrid, 1948); Jesús Fueyo, *La vuelta de los budas: Ensayo-ficción sobre la última historia del pensamiento y de la política* (Madrid, 1973), p. 329.

nuestras.² Razón no le falta, pues Hispanoamérica pasó de cabildos y repúblicas, en cierto punto del siglo XIX y parte del XX, a edificar kabilas bajo el liderazgo de un caudillo.

La gran contradicción surgía cuando clasificábamos a los caudillos, pues unos eran atomizadores, fragmentarios y disgregadores mientras otros eran cohesionadores, centralistas y aglutinadores. El liberal venezolano Tomás Lánder, lamentando el curso de los acontecimientos en la joven república venezolana, expresó lo siguiente: «Pobre Venezuela, tendrás que desenterrar las teorías de los hombres necesarios y ser regida por el mismo coloso durante muchos años».³

El caudillo, diría Vallenilla Lanz en su *Críticas de sinceridad y exactitud*, que se mostraría creador de la nacionalidad y del Estado.

En Europa por los menos, desde Rusia hasta Portugal y desde Noruega a las Dos Sicilias, el Estado es por su origen y por su esencia una institución militar en la que el heroísmo se ha hecho el campeón del derecho. Aquí y allá, en el caos de razas mezcladas y de sociedades derrumbadas, se encuentra siempre un hombre que por su ascendiente ha agrupado en torno suyo una banda de fieles, ha expulsado a los extranjeros, subyugado a los bandidos, restablecido la seguridad, fundado la patria y transmitido como una propiedad a sus descendientes su empleo de justiciero hereditario y de general nato.⁴

El llanero y el gaucho, arquetipos de hombre a caballo no son muy distintos al del cosaco o escita. Así como el cosaco, el llanero

2. Julio C. Salas, *Civilización y barbarie: Estudios sociológicos americanos* (Barcelona, 1919), p. 171.

3. Tomás Lánder, «Fragmentos {Nº 4}», en *La doctrina liberal: Tomás Lánder* (Caracas, 1961), p. 244.

4. Laureano Vallenilla Lanz, *Críticas de sinceridad y exactitud* (Caracas, 1956), p. 119.

también pertenecía a una sociedad libre de guerreros que respondía a un llamado según interesase. Ahora claro, sin un liderazgo competente o una autoridad cohesionadora, el guerrero libre era un salteador de caminos o un mero bandido. Recordemos lo que decía John Keegan en su *A History of Warfare*:

La implicación de los cosacos era, por sí misma, una garantía de conflagración, pillaje, violación, asesinato y otros cientos de actos escandalosos. Para los cosacos la guerra no era política, sino una cultura y una forma de vida. Los cosacos fueron soldados del Zar y, al mismo tiempo, rebeldes contra el absolutismo zarista.⁵

A esto podríamos agregar la reflexión de Vallenilla Lanz sobre la figura del nómada llanero, del rioplatense e incluso del tártaro, como una suerte de arquetipo antipolítico que termina asumiendo una función en los destinos patrios y unificándose ante una gran figura, que en nuestro caso es el caudillo:

Prescindiendo por el momento de otros rasgos típicos de nuestros nómadas, diremos que así en ellos como en todos los pueblos pastores, desde el beduino al tártaro, el turcomano, el curdo, el cosaco, hasta el gaucho rioplatense, es el sentimiento de la independencia, el desprecio profundo por las poblaciones agrícolas, sedentarias y urbanas lo que prevalece en su carácter, al mismo tiempo que la tendencia a formar grupos aislados y antagónicos, que sólo llegan a unirse en determinadas circunstancias bajo la autoridad de un jefe, «en quien la fuerza es la causa principal de la superioridad».⁶

5. John Keegan, *A History of Warfare* (Nueva York, 1993), p. 7.

6. Laureano Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración: Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana* (Caracas, 1953), p. 173.

José Antonio Páez, prócer de la independencia e indomable guerrero del Llano venezolano, hace énfasis en la valía de los llaneros, específicamente aquellos del Apure, refiriéndose a los mismos con las virtudes de los cosacos y de los beduinos árabes. Dice en su *Autobiografía*:

Felizmente para nuestra causa, no desmintieron los hijos de Apure en aquella ocasión el heroico patriotismo de que ya habían dado muchos ejemplos, y teniendo en poco las aguerridas fuerzas que venían a atacarles, y los copiosos laureles que éstas habían alcanzado en otros campos, se prepararon a resistirlas con la furia de leones acosados en sus selvas nativas. Los apureños mostraron siempre en los campos de batalla todo el desnudo del cosaco, la intrepidez del árabe del desierto, y en sus virtudes cívicas el desprendimiento de los espartanos. Ellos habían puesto a disposición de la causa patriota sus haciendas, y consagrado a su triunfo su valor indomable, pues en los territorios que baña el Apure, el número de los héroes se contaba por el de sus habitantes. ¡Qué buenos, qué bravos eran!⁷

Esta aseveración de Páez se ve también ratificada por una mención que hizo Bolívar sobre las tropas llaneras, que esperaba que arribaran en el Perú para pelear contra los realistas, pues decía que las tropas peruanas huían y no rendían en batalla. Véase su carta a Santander del 8 de diciembre de 1823.

Nos falta mucha caballería llanera, y si Vd. me manda 500 de esos cosacos, hará una buena obra a la patria. Estos peruanos no sirven para soldados, y huyen como gamos; aquí no debemos contar sino con los colombianos que

7. José Antonio Páez, *Autobiografía del general José Antonio Páez*, 2 vols. (Nueva York, 1867-1869), I, p. 119.

vengan de la vieja Guardia; mándemela Vd. toda, toda, toda, pues con ella somos invencibles. Poco cuesta mandar de las costas del Norte al Istmo, y yo me daré mis trazas para traerlas al Perú.⁸

El Libertador, que estaba muy enterado de la situación política rusa (como se ve en varias cartas), veía virtudes y, a su vez, graves defectos en la constitución política de las Rusias. Por un lado, veía a un pueblo que se opuso a la opresión napoleónica y al que podían emular en su resistencia, pero también una amenaza para el mundo constitucional y parlamentario una vez Bonaparte fuese vencido. Incluso veía con recelo el barbarismo mostrado en las guerras de Rusia y Haití contra sus respectivos ocupantes. Véase su carta a Santander del 11 de marzo de 1825.

La guerra de Rusia y la de Haití, debe servirnos de modelo en algunas cosas; pero no en el género horrible de destrucción que adoptaron, pues aunque allá fue útil, aquí no sirve para nada, porque lo que se destruye es inútil a todos. Los franceses recibirán refuerzos de fuera, y nosotros no recibiríamos otros que los de casa. Además, cuando el país se destruye, el enemigo lo evacua, y el amigo perece en él. En Rusia había hielos; en Santo Domingo cenizas que producían fiebres, y aquí no habrá sino inmensos desiertos propios para vivir al abrigo de estos males. En una palabra, lo que se destruye es nuestro y ya nos queda poco que destruir.⁹

Si nos apegamos al contexto de la época, veremos que el siglo XIX español (o hispanoamericano, dependiendo al sistema político de la América) muestra entusiasmo por el orientalismo y

8. Bolívar a Santander, Pallasca, 8 de diciembre de 1823, en *Obras completas*, ed. Vicente Lecuna y Esther Barret de Nazarís, 2 vols. (La Habana, 1947), I, p. 841.

9. Bolívar a Santander, Lima, 11 de marzo de 1825, *Obras completas*, I, p. 1063.

por los imaginarios o los pensamientos colectivos relacionados al Oriente, donde una parte considerable de Rusia está. Esto nos muestra como pervive el imaginario ruso a lo largo de la historia política de Hispanoamérica y como, de hecho, todavía se sigue utilizando ejemplos del imaginario ruso en el siglo XX en el campo de la ciencia histórica o en las disertaciones políticas de la época.

El cosaco, tártaro o llanero son arquetipos de jinete, como bien lo verá el eminente escritor argentino en una visión crítica de la figura. Para Borges, el jinete es sinónimo de conquista pero también de fracaso; el jinete o nómada es lo opuesto al Estado y no puede construir. Mientras que la civilización, o la idea de ciudad, es entendida desde la agricultura, desde el labrador, desde el hombre sedentario, la de nomadismo, que está ligada a la del jinete, se pierde en la historia.

La figura del hombre sobre el caballo es secretamente patética. Bajo Atila, Azote de Dios, bajo Gengis-khan y bajo Timur, el jinete destruye y funda con violento fragor dilatados reinos, pero sus destrucciones y fundaciones son ilusorias. Su obra es efímera como él. Del labrador procede la palabra cultura, de las ciudades la palabra civilización, pero el jinete es una tempestad que se pierde. En el libro *Die Germanen der Völkerwanderung* (Stuttgart, 1939), Capelle observa, a este propósito, que los griegos, los romanos y los germanos eran pueblos agrícolas.¹⁰

En teoría, es cierto, pero la historia es incomprensible sin la figura del conquistador a caballo como se apreciará desde la llegada de Alejandro a Persia hasta la conquista de los kanes de China. Es un proceso de metamorfosis, de síntesis, en el que el

10. Jorge Luis Borges, *Obras completas*, 1923-1972, ed. Carlos V. Frías (Buenos Aires, 1974), p. 162.

jinete se ve absorbido por una cultura superior conquistada, como bien habrá notado Marx al entender el proceso de mezcla entre conquistadores y conquistados. No es siempre la espada del conquistador la que impone, sino la genialidad y creatividad del conquistado que termina por cautivar al conquistador, que casi siempre es un jinete. Marx, llegaría a advertir, sobre la hinduización de turcos, tártaros y mongoles en los intentos de tomar la India, lo que no sucedió, por supuesto, en la conquista británica de la India por tratarse de una civilización superior.¹¹

Todas las conquistas suponen tres posibilidades: el pueblo conquistador somete al pueblo conquistado a su propio modo de producción (por ejemplo los ingleses en este siglo en Irlanda, y en parte, en la India); o bien deja subsistir el antiguo y se satisface con un tributo (por ejemplo, los turcos y los romanos); o bien se produce una acción recíproca de la que nace una forma nueva, una síntesis (en parte, en las conquistas germanas). En todos los casos, el modo de producción —sea el del pueblo conquistador, sea el del pueblo sometido o el que resulta de la fusión de los dos— es determinante para la nueva distribución que se establece.¹²

Hemos de considerar el papel histórico del cosaco venezolano. Es decir, del hombre de la llanura, de la estepa venezolana. Sin las hordas de jinetes, que originalmente eran hordas realistas, al servicio de Boves, difícilmente podría hablarse de una independencia venezolana. El conquistador de las llanuras, carente de ideología y de ideas patrióticas, se sirve del liderazgo carismático y de los descubrimientos superiores de la civilización española, para engendrar la patria sin reformas liberales, a la vieja y

11. Karl Marx, *Acerca del colonialismo: Artículos y cartas* (Moscú, 1976), p. 47.

12. Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, trad. y ed. Jorge Tula (Madrid, 1980), p. 297.

española, como decía Bolívar ante el convencimiento de que el proyecto americano caía por un acantilado. Vallenilla Lanz, en *Cesarismo democrático*, entiende que la transformación del jinete, del kan venezolano, es imprescindible para la construcción nacional y que la ley del carisma, de la espada, se impone como paso previo, y necesario, para la existencia de una Venezuela institucional, centralizada, estatal.